

La cuarta cumbre *LN-26-9-88*

Esquipulas I, Esquipulas II, Alajuela y, si la iniciativa de los presidentes Vinicio Cerezo y Oscar Arias —como parece— tiene éxito, en noviembre será San Salvador. Tras esta cuarta “cumbre” de los cinco mandatarios centroamericanos, ¿habrá algún cambio sustantivo en la situación del istmo?

Mucho depende de la actitud de los jefes de Estado democráticos durante la ocasión. Esquipulas I, en mayo de 1986, fue el encuentro más espontáneo y abierto: sin buscar un esterilizante consenso, se puso de manifiesto la diferencia entre dos concepciones del mundo: una arraigada en los valores democráticos; otra en los totalitarios.

Pero lo que se esbozó entonces —una concertación de Costa Rica, Guatemala, El Salvador y Honduras para enfrentar al régimen de Managua— muy pronto perdió vigor.

En la siguiente reunión, celebrada en Guatemala en agosto de 1987, pero conocida como Esquipulas II, cuajó como documento regional el Plan de Paz elaborado por el Presidente Arias, suscrito por sus cinco homólogos con ligeros cambios.

De sus dos vertientes: una que exigía democracia

con plazos perentorios; otra que asimilaba situaciones diversas al mismo rasero, ha prevalecido esta última. Así, a pesar de las exigencias del Presidente José Napoleón Duarte en la “cumbre” de Alajuela, celebrada en enero de este año, los avances democráticos en Nicaragua han sido nulos, y lo más concreto que puede mostrar el “proceso de paz” son el incumplimiento de sus plazos y el cese de la ayuda militar norteamericana a los rebeldes antisandinistas.

La reunión de San Salvador en noviembre, si llega a celebrarse, debe corregir este problema. Allí los presidentes democráticos, pero sobre todo don Oscar Arias, tienen el deber de volver a los orígenes del plan de paz, evaluar rigurosamente su cumplimiento y denunciar sus ambages ante el mundo a sus principales violadores: los comandantes nicaragüenses.

Ello sería el mejor homenaje a la principal víctima externa del expansionismo sandinista: Duarte, y una muestra de solidaridad con quienes más han padecido su represión interna: los nicaragüenses.